

UN MENSAJE PARA TU CORAZÓN

NIAMH
GREENE

Una novela enternecedora
y divertida que te hará sentir
lo mismo que *Posdata: te quiero*



Un mensaje para tu corazón

Niamh Greene

Traducción de Jorge Rizzo

Título original: *A Message to your Heart*

© Niamh Greene, 2012

Primera edición en este formato: noviembre de 2013

© de la traducción: Jorge Rizzo

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-9918-690-0

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

UN MENSAJE PARA TU CORAZÓN

Niamh Greene

Frankie Rowley es una agente literaria que tiene una única clienta y una asistente desastrosa. Su negocio hace aguas, su amante no es exactamente un príncipe azul y su familia la vuelve loca. La relación más íntima de su vida la mantiene con su iPhone. Así que cuando lo pierde en un viaje a San Francisco, el mundo se derrumba a su alrededor. Rápidamente se hace con un teléfono de sustitución pero sus problemas acaban de empezar. Pronto comienza a recibir mensajes de texto claramente dirigidos al antiguo propietario de su nuevo número: una mujer, Aimee, que parece muy querida para aquellos que mandan los mensajes.

A partir de una serie de malentendidos y una curiosidad malsana, Frankie acaba conociendo a la familia de Aimee, entrando en su mundo y comprendiendo la razón de esos cariñosos pero extraños mensajes...

Una novela divertida y enternecedora sobre el destino, el amor y el poder de los mensajes de texto. ;-)

ACERCA DE LA AUTORA

Niamh Greene vive en el condado de Kilkenny, Irlanda, con su esposo, dos hijos y varios perros. Ha perdido su teléfono tantas veces que ya no lleva la cuenta. *Un mensaje para tu corazón* es su quinta novela.

ACERCA DE LA OBRA

«Una preciosa y enternecedora novela llena de personajes deliciosos. Cada página suelta chispas gracias al estilo di-

vertido y cálido de Niamh Greene. Me ha encantado.»

MELISSA HILL

«Niamh Greene es brillante y además divertida. Hay un momento en que la protagonista, Frankie, sentencia: “Los lectores ahora solo compran libros que saben que les van a gustar”. Greene puede estar segura de que a sus lectores les va a gustar su última novela.»

RNOVELAROMANTICA.com

«Para reírse a carcajadas.»

STELLAR

Seleccionada por el *Irish Times* como lectura de verano de 2012. Seleccionada por la revista *Woman's Way* como lectura de verano de 2012.

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Epílogo

Agradecimientos

Prólogo

El corazón se me encoge mientras manoseo el pequeño pedazo de papel. No puede ser... ¿O sí? Poco a poco, con manos temblorosas, abro la nota por los arrugados bordes y leo el mensaje.

«Escucha a tu corazón.»

¿Cómo he podido estar tan ciega? Es de ella: claro que lo es. Lo ha sido desde el principio. Simplemente no he sabido verlo.

Cierro el puño con la nota dentro y lo aprieto, sintiendo el papel cálido contra la piel, como si, de algún modo, tuviera su mano en la mía.

Ahora sé lo que tengo que hacer, lo que ella quiere que haga, y no hay vuelta atrás.

Capítulo 1

Vale, Frankie, ahora concéntrate. Puedes hacerlo. Eres una profesional. Cada día de la semana haces tratos y negociaciones en un sector infestado de tiburones. Ayudar a tu madre a organizar una fiestecita para celebrar cuarenta años de feliz matrimonio debería ser un juego de niños para ti. Lo único que tienes que hacer es ir siguiendo la lista, punto por punto. Tampoco es cosa de ingeniería espacial.

—¿Y tú crees que tendría que hablar antes con la gente para preguntarles por el marisco o no? —plantea mamá, interrumpiendo mis pensamientos. La tengo sentada delante, al otro lado de la mesa de madera de pino, tan bien pulida, dándose golpecitos con su bolígrafo de la suerte en la mejilla, mientras piensa en voz alta.

—No, no lo creo, mamá —respondo yo, sin dudar. La clave es no parecer preocupada, o empezaría a darle vueltas y no habría quien la parara.

—Pero ¿y si alguien tiene alergia? —pregunta ella, revelando unos surcos en la frente que revelan su ansiedad—. Eso sería un desastre. Y ahora que Jenny está embarazada podría ser peligroso.

Mi hermano Eric y su esposa, Jenny, han anunciado recientemente que están esperando su primer hijo, y mamá apenas puede contener su alegría: apuesto a que ya se sabe de memoria del primer al último capítulo de *Qué se puede esperar cuando se está esperando*.

—Bueno, si hay alguien alérgico al marisco, no lo comerá, ¿no? —razono yo—. Y Jenny puede comer otra cosa; no es que no vaya a tener donde escoger —añado, señalando con la mirada el menú del cáterin que tenemos sobre la

mesa, entre las dos: hay pollo, ternera, una cantidad enorme de opciones vegetarianas, seis postres (pero no *crème brûlée*, porque a mamá le aterra que pueda cortarse) y cuatro vinos diferentes. Mi madre no va a dejar nada nada al azar ni de lejos, ni va a descartar ninguna opción en su empeño por montar la fiesta del año.

—Sí, pero ¿es necesario comer algo a lo que seas alérgico para tener una reacción? ¡Los que son alérgicos a los cacahuetes solo tienen que tocar uno y pueden morirse! ¿Y si un invitado que tenga una reacción alérgica letal al marisco toca algo sin querer? Ya sabes, en el bufé... —Hace una pausa, con la mirada perdida, como si estuviera visualizando la escena—. ¡O imagina que hubiera algún tipo de lío con los cubiertos, que las pinzas de las gambas acabaran en la ensalada! ¡Oh, Señor..., eso sería un desastre!

—Mamá, no creo que tengas nada de qué preocuparte, de verdad —le aseguro, poniendo todo mi empeño en mantener la calma y no saltar de la mesa y salir corriendo por la cocina, gritando como una histérica, presa de la rabia.

La verdad es que esta fiesta se está convirtiendo en una pesadilla. Se suponía que tenía que ser una pequeña reunión para celebrar las bodas de rubí de mamá y papá. ¿Cómo hemos podido llegar al punto de discutir sobre la probabilidad de que los invitados se zambullan accidentalmente en la bandeja de langostinos Marie Rose o en la langosta y que tengamos que practicarles técnicas de recuperación junto a la barra de ensaladas?

Mamá se está mordiendo el labio de los nervios; está claro que no escucha ni una palabra de lo que le digo.

—Ya sabes cómo es la gente, Frankie: alguien intentará deliberadamente encontrar defectos. No me extrañaría nada que tu tía Maureen se provocara un *shock antipaláctico* a propósito.

—Ella nunca haría algo así —digo con un suspiro—. Y es «anafiláctico», mamá.

—Oh, sí, claro que lo haría —responde ella, con una mueca sarcástica—. Le dijo a todo el mundo que se había encontrado mal después de la fiesta de Dan y Joyce: juraba y perjuraba que los palitos de cangrejo estaban pasados. La pobre Joyce estaba mortificada. Estuvo evitando a todo el mundo durante semanas. ¡Semanas!

A decir verdad, mamá tiene razón sobre la tía Maureen: es una bruja que se dedica a amargar la vida todo lo que puede a los demás, pero no quiero entrar en eso ahora; solo retrasaría aún más las cosas, y ya voy mal de tiempo. De momento, únicamente me quedan quince minutos antes de salir de aquí si quiero estar en el otro extremo de la ciudad a las ocho para la presentación del libro de Antonia West, y en la lista de mamá aún quedan un millón de asuntos que tratar.

—No quiero que nadie tenga ninguna excusa para quejarse, Frankie —prosigue, casi acongojada, como si la dominara la emoción—. Quiero que todo salga perfecto.

Respiro hondo. Cumplir cuarenta años de casados es de por sí un gran logro, y sé que esta fiesta significa mucho para ella. De modo que, aunque esto me esté volviendo loca, hago todo lo que puedo por ayudarla.

—Bueno, ¿y qué dice papá del marisco? —le pregunto, mirando de reojo el reloj.

Catorce minutos. Tengo que salir dentro de catorce minutos para llegar a tiempo a la presentación del libro. Antonia no me lo perdonaría si llegara tarde; al fin y al cabo soy su agente: tiene todo el derecho a esperar que aparezca a la hora.

—Bueno, ya sabes cómo es tu padre —apunta mamá, con un leve tono de reproche en la voz—. Dice que no le importa; que decida «yo». Sí, claro. Pero también dijo eso

de lo de Bali, ¿no? Dijo que «eso» también le daba igual. Cuando estábamos haciendo la reserva dijo que no le importaba que pudiera hacer cuarenta grados a la sombra. Pero cuando llegamos allí, ¿quién tuvo que oírle quejarse en privado de la ola de calor durante dos semanas? ¡Yo! Esas dos semanas se me hicieron eternas, Frankie.

Oh, Dios mío. No avanzamos. Ese viaje a Bali debió de ser hace unos diez años. A este ritmo me voy a pasar aquí toda la noche. Si no le doy un empujón, desde luego me perderé los discursos, y, si eso ocurre, Antonia pillará una cabreo del quince. Y no podré echárselo en cara. Es mi mejor autora, una de las pocas que me siguieron cuando dejé Withers & Cole para establecerme por mi cuenta. Lo menos que puedo hacer es mostrarle mi apoyo.

—Mira, ¿por qué no les decimos a los del cáterin que eliminen todo el marisco? —propongo—. Más vale prevenir que curar, ¿no? Bueno, vamos a ir cerrando asuntos. ¿Tienes el número final de asistentes?

Trece minutos. Venga, venga.

—Bueno, sí —responde, aún algo molesta con lo de Bali pero evidentemente dispuesta a olvidarlo por un momento para seguir examinando su querida lista de invitados, que lleva semanas afinando—. He conseguido rebajar el número hasta los ciento ochenta y nueve. Lo único que me preocupa es la carpa. ¿Crees que será lo suficientemente grande? No hay nada peor que tener a la gente apretujada, y no quiero que mis invitados tengan la sensación de que los he metido en una miserable tienda de campaña como sardinas en lata...

—¿Ciento ochenta y nueve? —replico yo—. ¿Cómo se ha podido disparar tanto?

—Bueno, no puedo dejarme a nadie, Francesca —se defiende ella—. Además, Dan y Joyce tuvieron casi doscientos invitados.

—No es ninguna competición, mamá —respondo, más que consciente de que eso es exactamente lo que es.

Mi madre tiene muy buena relación con su hermano, Dan, y su esposa, Joyce, pero lleva años esperando en secreto el momento de pasarle la mano por la cara a su cuñada, y no quiere perder la ocasión.

—¡Por supuesto que no es una competición! —exclama ella, haciéndose la ofendida—. De todos modos, van a ser fiestas de estilos completamente diferentes. Quiero decir que, para empezar, yo no voy a poner una piñata. Un grupo de adultos dando golpes con un palo a una jirafa rellena y luego tirándose por el suelo para recoger unas golosinas baratas no es mi idea de una velada elegante.

—Creo que, en realidad, se supone que es una llama, o algo así —puntuhalizo, recordando de pronto aquella noche claramente. No creo que lo olvide nunca: es probable que la imagen de todos aquellos señores mayores achispados, con sombreros mexicanos, bebiendo margaritas y bailando se me quede grabada en la cabeza para siempre.

—¿El qué? —pregunta mamá.

—La piñata. Creo que se supone que es una llama, no una jirafa. La temática era mexicana, ¿recuerdas?

—¿Cómo iba a olvidarlo? Esos nachos le provocaron a tu padre una indigestión terrible que le duró días. El caso es que no me importa si la piñata era una llama o un dinosaurio. Quiero que mi fiesta tenga clase. Y que se recuerde como algo «agradable».

—¿Qué es eso de la llama? —dice una voz.

Levanto la vista y veo a mi padre entrando por la puerta de atrás. Tras él vienen mis dos hermanos (Eric y Martin), cargando una caja monstruosa entre los dos, pasándola por la puerta con cierta dificultad y abundantes quejidos melodramáticos.

—¿Qué es eso? —farfulla mamá, que se queda boquiabierta.

—Es la Flame Grill 700 —responde él, haciendo un gesto con los brazos, como si fuera el premio principal de un concurso de la tele y él fuera la rubita de cuerpo sinuoso y con minifalda que intenta darle un aspecto sensual al regalo. Es evidente que está encantado consigo mismo—. Martin tenía un amigo de un amigo que quería deshacerse de ella. Era una ocasión demasiado buena como para dejar pasarla por alto. ¡Me ha costado una miseria!

Con un gruñido final, mis dos hermanos consiguen hacer entrar la caja a través de la puerta y la dejan junto al casi sagrado aparador de pino de mamá, donde tiene expuestas fotografías de nosotros tres con nuestros suéteres del colegio de poliéster azul marino, con sonrisas desdentadas y rodillas peladas.

—Estamos en septiembre. Ya ha pasado la época de las barbacoas —responde mamá, que se ha quedado de piedra.

—Bueno, por eso era una ganga. Y he pensado que podía irnos bien para la fiesta —explica papá.

—No vamos a hacer una barbacoa en la fiesta de nuestro cuarenta aniversario de bodas —responde mamá, con un hilo de voz.

—Es solo una opción —responde él, dando unas palmaditas a la caja, satisfecho—. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —pregunta ella. Ahora ya le tiembla un párpado.

—Por si acaso nos quedamos sin comida. Podemos echar unas cuantas chuletas a la parrilla.

—Oh, Dios mío —exclama mamá, con la cabeza entre las manos—. Frankie, explícaselo tú, ¿quieres?

—Papá, habéis encargado cáterin, ¿recuerdas? No vamos a quedarnos sin comida —respondo yo, sonriéndole,

esperando quitarle hierro al asunto. Si estalla la Tercera Guerra Mundial, no conseguiré escaparme. Doce minutos.

—Solo quería ayudar —dice él, algo herido.

—Si quieres ayudar, puedes poner esa cosa en el garaje, que es su sitio —responde mamá.

Se crea un breve silencio en el que ambos se examinan mutuamente y los demás aguantamos la respiración.

—Quería darte una sorpresa, por si te interesa —se lamenta papá—. Pero, si no la quieres, estupendo. Venga, chicos, vamos a sacar esto afuera otra vez.

—Dame un minuto, ¿quieres, papá? Ese trasto pesa —protesta Martin, jadeando y dejándose caer en la silla que está junto a la mía.

—Sí, yo también estoy hecho polvo —coincide Eric.

—Ya —dice papá, mirándolos a los dos con el ceño fruncido—. Bueno, pues más vale que vaya haciendo sitio en el garaje.

En cuanto sale, Eric se despereza:

—¿No tendrás algo de comer, mamá? —pregunta, con su mejor sonrisita de niño bueno.

Mamá se le queda mirando y yo me desespero. Ahora se pondrá a darles de merendar a estos dos y me retrasará aún más. Echo un vistazo al reloj. Once minutos. Mierda.

—Claro, cariño —dice ella—. Debéis de estar hambrientos, con tanto acarrear con ese trasto. ¡No sé en qué estaría pensando vuestro padre!

—¿Qué tienes? —pregunta Eric, con naturalidad, como si estuviera en una charcutería fina y fuera a pedir el especial del día.

Mamá ya tiene la cabeza metida en la nevera.

—¿Pavo? ¿Ensalada de col? Podría hacerte un buen sánd-wich —propone, desenvuelta.

—¿Vas a hacer patatas fritas? —pregunta Eric.